

Samuel Hicks

(1758-1829)



El Herrero de la Aldea

Samuel Hicks fue conocido durante su vida como “El Herrero de la Aldea”. En cuanto a estudios, jamás conoció más ciencia que la lectura. El aprendió a leer después de su conversión. Hablaba sólo el dialecto de su distrito nativo y por lo tanto la gente de otros distritos no le entendían. Era eminentemente santo, fuerte en cuanto al sentido común y gozaba de una elocuencia natural. “Sería difícil”, dijo un historiador del metodismo, “tantear los frutos de sus labores y oraciones”. La influencia de su vida a pesar de lo humilde que era, no se limitaba a personas de su propia categoría. Caballeros, oficiales del gobierno, miembros de parlamento, aun los más grandes de la alta sociedad, frecuentemente escucharon de sus labios la verdad divina. Hablaba de tal modo y con una unción especial que despertaba en las mentes de sus oyentes pensamientos serios acerca de Dios y de la religión.

En los días de su juventud, Samuel era aprendiz en un taller de herrería y el trabajo pesado del oficio le hizo un hombre muy robusto. Muchas cualidades especiales le ganaban fama y pocos predicadores de su día le igualaban. Se distinguía por su rostro benigno; su cuerpo atlético resultado del trabajo pesado sobre el yunque; su voz de mando; su don de poder sacar ilustraciones para sus mensajes de la vida diaria; su lenguaje sencillo, por cierto muy aceptable por ser el lenguaje de la gente humilde; su sentimiento de ternura que frecuentemente se manifestó por sus lágrimas; su humor, raras veces sarcástico, y siempre rico en benignidad y de acuerdo con el tema de su predicación; su valor respetado por cualquier turba; su liberalidad, que era su flaqueza mayor, frecuentemente vaciaba sus bolsas y lo hubiera hecho sufrir penas si no fuera por el cuidado de su esposa; su alegría religiosa rebosante que siempre se expresaba en canto y bendiciones; y sobre todo la santidad de su espíritu.

En su niñez su sensible corazón recibió profundas impresiones religiosas. Era niño cuando oyó al valiente Juan Nelson predicar al aire libre, rodeado por una turba clamorosa. Nunca se olvidó del cuadro.

Le impartió profundo respeto y admiración para los predicadores metodistas, aun antes que él pudiera comprender sus enseñanzas. A los dieciocho años, un día venía con sus compañeros de ver el boxeo y la lucha libre que se acostumbraban el lunes de pascua en York. Ricardo Burdsall, un notable predicador metodista, se había acabado de subir sobre un montón de madera en el campo, y mientras cantaba un himno, muchas personas se juntaron en su alrededor. Samuel, amante de la música, se apresuró en juntarse con ellos y se quedó encantado del mensaje. De repente un sacerdote, abriéndose camino entre los oyentes, se acercó e insultó al predicador, y amenazó botarlo de su púlpito. Casi estaba por hacerlo cuando Samuel, sintiendo que estaba listo a derramar la última gota de su sangre por el predicador, se apresuró a ponerse al lado del perseguido y con su brazo de atleta alzando su mano empuñada, declaró en el lenguaje de la arena de donde había venido: “Si tú molestas a este hombre de Dios, tan cierto como que naciste, yo te derribaré”. El rostro del cura se llenó de temor. Hizo el intento de escapar entre los espectadores. Viendo lo difícil de hacerlo, Samuel mismo le tomó por el brazo y le condujo fuera del círculo. Luego Samuel volvió a ponerse al lado del predicador y escuchó atentamente el mensaje que hizo una profunda impresión sobre su conciencia. En seguida acompañó a Burdsall en su predicación, andando largas distancias con él y sacaba mucho provecho de sus mensajes.

Después Samuel se fue a oír a Juan Wesley y se quedó admirado del gran predicador. Le tuvo por “algo más que un ser humano”, “un ángel de Dios”. Quedó admirado del mensaje que había escuchado, y quedó convencido de que no tenía “ni obras ni fe que Dios aprobaba”.

Más tarde se casó y estableció su taller de trabajo. A pesar de las muchas preocupaciones del oficio, no pudo olvidarse de las verdades escuchadas. Una noche pegó un salto de la cama y cayó de rodillas. Su esposa se despertó por sus gemidos y pensando que él estaba gravemente enfermo, iba a buscar auxilio de su vecino, pero Samuel calmó sus penas diciendo: “Yo estoy buscando a Jesús. Quiero que me perdone mis pecados”. Después escribió su testimonio: “Mis ojos fueron abiertos. Vi todos los pecados que había cometido en mi vida entera”. Le costó larga lucha aquella noche, pero antes del amanecer, él entró en una vida nueva y a partir de ese momento su fe iba aumentando hasta que el día fue perfecto.

Se preocupó por la conversión de sus vecinos, y comenzó su trabajo con ellos ese mismo día. “Pensé”, escribió después, “que podría hacer creer a todo el mundo, al no más amanecer el nuevo día. Fui con mis vecinos, porque los amaba como a mí mismo. Quería que todos experimentasen lo que yo sentía. Primero me fui con la dueña de la casa. Le conté lo que el Señor me había hecho, y que lo que había hecho, podría hacer por ella y le exhortaba a orar y creer”.

“¡Qué!” me contestó, “¿Tú te has convertido en uno de los metodistas? Tú siempre has sido buen vecino y muy buen hombre. ¿Por qué cambiar ya?” Rehusó escucharme. “Es preciso que tus pecados sean perdonados. De otra manera no podrás entrar en los cielos”, le dijo y me retiré al campo a orar por ella. Cuál fue mi sorpresa, cuando regresé, la hallé llorando en la puerta de su casa. Me suplió que le perdonara. “Por supuesto”, le contesté, “y si tú me permites, entraré en su casa y oraré contigo y el Señor te perdonará también”. Ella vivió y murió feliz. Esta experiencia le animaba a seguir en el deber de la oración.

Tal fue el principio de su carrera de utilidad. Sin desatender su trabajo de herrero, (este oficio años después le dio entradas que le permitieron dedicar su tiempo a la obra) él fue por todos lados haciendo bien. Otros de sus vecinos se convirtieron y llamaron a un predicador para que les predicara. Samuel, en cambio, predicó en su yunque, su púlpito improvisado. “Yo tenía”, dijo él, “muy buena

oportunidad, siendo que casi toda la aldea me buscaba en mi taller. Yo siempre les hablaba. Ciertamente me tocaba mi parte de persecución; pero eso no me desanimaba ni evitaba que llamara a los pecadores a arrepentirse, creer y ser convertido". Los de la nobleza, cazadores de zorras y humilde gente campesina, oyeron de él las verdades más sublimes, aunque frecuentemente disfrazadas en ilustraciones de las más sencillas. Si es cierto que a veces sus palabras no lograron convencer a sus oyentes, su vida de cristiano exigía de todos alto respeto y admiración. A pesar de haber vivido sin cultura ni escuela durante su temprana edad, ya grande aprendió de su Maestro llevar con paciencia el trato ofensivo y frecuentemente triunfaba por su espíritu de mansedumbre cuando sus argumentos no valían. Una señorita a cuyo pony se le había caído una herradura, llegó a su herrería. Samuel le tuvo mucha compasión al notar que su salud se había quebrado. "¿Sabes, hija, que tienes un alma?" le preguntó. "La tienes, sea que lo sabes o no lo sabes, y ella ha de vivir, o sea en felicidad o miseria por toda la eternidad". Esas eran palabras dichas a su tiempo. Al regresar a su casa su padre notó que algo le tenía bien preocupada. Al saber de lo que se trataba, se apresuró en llegar al taller de Samuel armado de un garrote, y sin decirle media palabra le pegó al herrero un garrotazo en el costado que por poco lo bota. "¿Qué hace? ¿Por qué me golpea?" exclamó el herrero. Y sin dudar que todo había sido por su religión se dio vuelta y levantando el otro brazo, dijo: "Vaya, Señor. Dele allí también". La ira del padre enojado, se aplacó. El ejemplo había sido irresistible y salió rápidamente. Sobre su lecho de muerte el padre mandó a llamar a Samuel para pedirle perdón. "¿Yo, perdonarle a usted? ¿Perdonarle? Nada tengo contra usted, pero sí, está por morir, oraremos y veremos si el Señor le perdonará". El moribundo se arrepintió y murió en plena esperanza. La hija jamás se olvidó de la amonestación del herrero. Samuel tuvo la dicha de verle a ella, juntamente con sus dos hijos, hacerse miembros de la clase de los metodistas. Cuatro conversiones eran los resultados de la palabra dicha a su tiempo.

El cuadro fiel de este hombre sobresaliente se pinta mejor refiriéndose a las cualidades de su vida. Era de espíritu celoso de la obra y de brillante inteligencia cristiana; tenía hábito de instar a tiempo y fuera de tiempo; su genio era original; y su elocuencia, natural y propia. Estas cualidades dieron forma a su vida entera, y la coronaba de utilidad que pocos hombres de su tiempo lograron superar.

Pronto después de su conversión se hizo miembro de los "Líderes de oración", quienes bajo la dirección de los predicadores ambulantes, presidían cultos en las casas y establos, y frecuentemente al aire libre en las aldeas de Yorkshire. Durante los años de persecución del metodismo primitivo, Samuel, "el Herrero de la Aldea", y sus compañeros mantuvieron vivo el interés en su distrito.

En el año 1794 le ocurrió una nueva experiencia en su vida religiosa. El mismo lo cuenta: "En ese tiempo hubo un gran avivamiento en la obra de Dios en Sturton Grage cerca de Micklefiels. Los cultos se celebraban en un establo en el Ring. Centenas de almas se convirtieron a Dios, y muchos fueron santificados. Yo era uno de los bienaventurados. No solamente fuimos convencidos de la necesidad de la santidad cristiana, pero, ¡Bendito sea Dios!, probé por mí mismo que la sangre de Cristo limpia de todo pecado". Los demás años restantes de su vida testificó ese cambio que él había experimentado. De allí en adelante hasta la hora de su muerte, la santificación de corazón y vida era su tema predilecto sea desde el púlpito o fuera de ello. Uno de sus compañeros en la fe, hombre de fama y carácter semejante a Samuel, dijo: "La experimentaba durante más de treinta años. Vivió y murió gozándose de sus excelencias. ¡Oh, que ardor, afecto, y ternura se empleaba al hablar del gozo que disfrutaba en el amor perfecto, amor que echa fuera temor; amor que constriñe fuerte y dulcemente al alma a ocuparse completamente en la voluntad de Dios, tal como se revela en la Palabra Divina!" La influencia de este avivamiento se regó por casi todo Yorkshire.

El Herrero de la Aldea” era incansable en sus labores religiosas. Le extendieron licencia de predicador local. Sus talentos se desarrollaban y su popularidad llegó a ser general. Por dondequiera que iba, durante casi medio siglo, multitudes acudieron a sus predicaciones sinceras.

Sembró el metodismo en varios lugares, y juntó dinero para la construcción de templos en otros lugares. Llegó a ser un evangelista infatigable y el predicador predilecto en los aniversarios misioneros. Sea dentro de las capillas, en los cultos al aire libre, en cultos misioneros, en los distritos rurales o en los pueblos, Samuel Hicks era el atractivo sobresaliente entre las multitudes, y siempre llevaba con humildad su popularidad. Su espíritu ganaba el cariño de todos y desarmaba a sus opositores. Raras veces discutía con sus oponentes, o con persona cualquiera. Casi por regla general caía de rodillas y triunfaba por medio de sus oraciones.

En cierta ocasión un caballero de Yorkshire lo amenazó con derribarlo por una palabra de exhortación que le había dirigido. Samuel cayó de rodillas y comenzó a orar. Su oponente se fue huyendo. En otra ocasión, había rogado por dinero sin éxito a un rico avaro para la obra misionera en las Antillas. Se postró de rodillas y comenzó a orar. “Te daré una guinea si te callas”, le dijo el avaro. Sin embargo, Samuel siguió orando por el avaro y por los pobres paganos por quienes una guinea era una cantidad tan miserable. “Cállate”, insistió el avaro. “Cállate, te dije. Si te callas te daré dos guineas”. Levantándose de repente recibió el dinero y se fue corriendo con el dinero al culto misionero que se estaba celebrando en la vecindad donde, desde la plataforma, mostraba las fichas tan emocionado como quien había rescatado un niño vivo de las garras de un águila.

Todavía a la edad de sesenta años estaba muy activo, con las mismas energías de su juventud. Murió a la edad de setenta y un años. Su muerte fue un gran triunfo. Los dos Wesley, Carlos y Juan, le acompañaron la última noche de su vida, orando y cantando: “¡Gloria, gloria, gloria!”